

ANTONIO CAGIGÓS, *Vísperas dominicales cantadas al alcance de todas las comunidades* (vol. II: Tiempo Ordinario; vol. III: Tiempo de Cuaresma y Pascua). Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona 1998. (Editado también en catalán)

Presentamos una serie de tres libros (el segundo y tercero ya publicados, el primero todavía por publicar) con música para los salmos de las II Vísperas del domingo. El volumen II recoge el material ya publicado en nuestra revista *Liturgia y Espiritualidad* durante los cuatro primeros meses de 1997.

Ante todo creemos conveniente subrayar la importancia de las vísperas del domingo y luego señalar las características concretas de esta obra de Antonio Cagigós.

Las vísperas dominicales constituyen una de las celebraciones más significativas e importantes de la comunidad cristiana, tanto por lo que respecta al día (domingo) como por la hora (atardecer) en que se celebran. Las vísperas del domingo, en efecto, se celebran el mismo día y a la misma hora de la primera aparición del Señor resucitado a los discípulos: “Al *atardecer* de aquel día, *el primero de la semana*, se presentó Jesús en medio de ellos” (Jn 20, 19). Durante la jornada del domingo –que abarca desde el atardecer del sábado hasta las últimas horas del domingo– los fieles celebran el triunfo del Señor: en la Eucaristía conmemoran especialmente la resurrección que tuvo lugar al amanecer; al atardecer, recuerdan especialmente *la primera aparición del Resucitado a la Iglesia* (en la mañana del domingo, Jesús se aparece sólo a algunas personas, aún no a la comunidad). La primera noticia histórica sobre la celebración cristiana del domingo –vale la pena recordarlo– nos habla de que los fieles se reúnen el primer día de la semana porque fue *al atardecer* del domingo

cuando Jesús “*se apareció* a sus apóstoles y discípulos” (cf. Justino, *Apología* 1, 67). Por lo tanto, no es de extrañar que las vísperas dominicales hayan tenido tanto eco en la vida de las comunidades –incluso en las parroquias más pequeñas– casi hasta nuestros días. Y tampoco es de extrañar que los últimos papas –san Pío X, por ejemplo en el *Motu Proprio Tra le sollecitudini* o Pío XII en la encíclica *Mediator Dei*– en vistas a reavivar la piedad de nuestro tiempo hayan vuelto a insistir en la conveniencia de que el pueblo cristiano –y más aún las comunidades contemplativas y religiosas– dieran una gran importancia a la celebración de las vísperas dominicales.

La obra que presentamos del canónigo de Seo de Urgel, Antonio Cagigós, tiene precisamente como finalidad ayudar a que las vísperas dominicales recuperen su relevancia y facilitar su realización de forma expresiva. En efecto, no es suficiente celebrar las vísperas de una manera simplemente material sino que hay que esforzarse por alcanzar una celebración lo más orante y enriquecedora posible. Por lo que respecta a las comunidades contemplativas lo cierto es que ya celebran las vísperas dominicales –y no sólo las dominicales sino las de todos los días– pero podrían preguntarse si las celebran con la expresividad que exige el domingo. Mientras, en las parroquias y otras comunidades quizás cabría preguntarse si se esfuerzan lo suficiente para “completar” de una forma significativa la misa dominical con una celebración que concluya el día del Señor en el momento de las apariciones del Resucitado.

El libro que hoy tenemos el gozo de presentar se sitúa precisamente en este contexto de alcanzar progresivamente una realización de la plegaria de la iglesia que supere por un lado el ámbito del simple cumplimiento (por lo que respecta a los monasterios) y al mismo tiempo vaya introduciendo a los demás fieles en una auténtica vivencia de la plegaria eclesial (por lo que respecta al resto de las comunidades cristianas).

En este contexto, el canto se convierte en un aspecto importante. Con el canto litúrgico no se trata sólo de alcanzar una solemnidad mayor sino principalmente de conseguir una participación más plena en la oración de los labios y del corazón. Se canta sobre todo para que la oración sea más intensa, más contemplativa y más cristiana. Esto es lo que recuerda la

*Institutio* de la Liturgia de las Horas: “El canto no ha de ser considerado en la Liturgia de las Horas como cierto ornato que se añada a la oración, como algo extrínseco, sino más bien como algo que dimana de lo profundo del espíritu del que ora y alaba a Dios, y pone de manifiesto de un modo pleno y perfecto la índole comunitaria del culto cristiano” (270).

El material que presenta este volumen de A. Cagigós alcanza, o por lo menos es un paso significativo, hacia este ideal de una celebración de las vísperas dominicales rica y expresiva. Manteniendo, como fuente de inspiración, el rico repertorio musical de la Iglesia, el autor ha conseguido hermanar simplicidad y belleza tanto en los himnos y en las antífonas como en los salmos.

La salmodia de A. Cagigós se puede cantar, sin mayor dificultad, a dos coros –incluso en el caso extremo de que sean dos personas solas las que cantan– alternando los versículos pares e impares, como hacía la salmodia medieval gregoriana a la que nuestras iglesias latinas están tan habituadas. Por otro lado, y pensando en la comodidad de todos, se han evitado los tonos complicados y las tesituras estiradas y, teniendo en cuenta a las personas –sobre todo los laicos que sólo participan algunas veces en la celebración– se han repetido los formularios comunes para evitar que los fieles se pierdan durante las vísperas buscando textos en lugares diferentes.

Para la antífona del Cántico de María, que cambia cada domingo, el autor ha acertado a encontrar un esquema musical que se aplica fácilmente a la antífona propia de cada domingo.

Para los domingos del tiempo ordinario se presentan de forma conjunta, seguida y completa, todos los textos de las vísperas de cada uno de los cuatro domingos, tal como ya se publicaron en la revista *Liturgia y Espiritualidad*.

Para los domingos de Cuaresma y Pascua (y para los de Adviento y Navidad, de próxima publicación), las vísperas de todos los domingos se presentan con las mismas características que en el volumen anterior, es decir, repitiendo en cada domingo los textos comunes para facilitar la participación, incluso de los menos habituados, en la Liturgia de las Horas.

Se ha publicado también, grabada en cassette, toda la música correspondiente al tiempo ordinario. Así se conseguirá más fácilmente que todas las catedrales, comunidades religiosas –por pequeñas que sean– e incluso todas las parroquias puedan alabar a Dios cantando las vísperas dominicales con la máxima expresividad y al mismo tiempo con gran facilidad.

Con la publicación de este libro que sin duda resultará un instrumento muy útil para facilitar el canto de las vísperas dominicales, el autor se suma a otros esfuerzos para ayudar a aquellas comunidades que no son capaces de entonar determinadas melodías más difíciles. Deseamos vivamente que este volumen sea debidamente conocido y utilizado por las distintas comunidades cristianas –desde las pequeñas parroquias y comunidades hasta las catedrales– y que la unción y facilidad de los cantos que en este libro se ofrecen mejoren la calidad de la plegaria eclesial en el día y el momento –domingo al atardecer– en el que la Iglesia tiene un deber especial de celebrar al Resucitado que se apareció a los discípulos y los llenó de gozo. PEDRO FARNÉS SCHERER, pbro.